

Una vida en dos mundos: los pueblos indígenas de la Amazonía y la vigencia de la memoria

Antonio Sueyo Irangua y Hector Sueyo Yumbuyo. 2018. *Soy Sontone, Memorias de una vida en aislamiento*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Ministerio de Cultura-Perú, 2ª ed.

Como señala el prólogo a esta segunda edición, *Soy Sontone* es un libro excepcional. Contiene las memorias de un hombre arakbut¹, que vivió su infancia, juventud y temprana adultez en el bosque amazónico sin contacto con la sociedad peruana, hasta que ese contacto se dio, y entonces pasó a vivir en una misión católica y posteriormente en una comunidad nativa, atravesando, en el lapso de una vida, dos mundos radicalmente diferentes. Yo agregaría además que *Soy Sontone* es un libro conmovedor. Y me refiero aquí no solo a la acepción de conmover que lo vincula con la capacidad de emocionar, sino más bien a aquella que define el verbo conmover como “impresionar o causar conmoción a alguien”. El libro es conmovedor en lo que nos dice de la relación de un padre con su hijo, de un hombre con su pasado, de un pueblo y su gente, por lo que revela de la relación del pasado con el presente, y con el futuro, y por lo que nos recuerda de la relación de un país con su historia. Es sobre esos ejes que se organiza esta reseña.

I. Padre e hijo. *Soy Sontone* está escrito a dos manos, las de un padre y su hijo. El primero es la voz principal, el protagonista, pero el segundo es quien recoge, da forma, traduce, edita y busca que esta voz sea escuchada, como nos cuenta Héctor Sueyo en la introducción, titulada “¿Cómo se hizo este libro?”.

Este trabajo conjunto no es desconocido en el género del testimonio, como señala Beverly, uno de los mayores estudiosos del género en América Latina, pues el narrador del testimonio suele estar excluido de los circuitos de producción literaria o periodística y requiere de su interlocutor para grabar, transcribir, editar su narración (Beverly, 1987: 9). Por ello Beverly señala que “la colaboración de ambos es necesaria a la producción del testimonio” (1987: 15). La naturaleza de esa colaboración, y el trabajo de edición en general, no deja de ser sujeto de debate con relación al género, pero volveré sobre ello más adelante.

Antes quisiera recalcar que Sontone es también un traductor, un intermediario: hacer inteligible el mundo arakbut al lector hispanohablante, urbano, moderno, supone todo un proceso de reconstrucción, de ordenamiento, de manera que ese mundo sea comprendido en términos de otro muy diferente. En este libro dos son las manos que operan esta transformación: el propio Sontone, que cuenta sus recuerdos en arakbut, y su hijo Héctor, que los escribe en castellano.

Héctor es también parte del relato: su nacimiento, su crecimiento, su educación, todas son narradas con afecto por su padre. Al ver juntas las trayectoria de padre e hijo se tras-

¹ Grupo étnico de la familia harakbut, que habita en la parte sur de la Amazonía peruana (Madre de Dios). Aproximadamente tiene unos 4.215 miembros.

luce el tremendo, impresionante cambio que supuso, en una sola generación, pasar de la vida en el bosque a la escuela y la universidad. Sontone habla también con afecto de su padre, quien le enseñó todo lo que sabe, de su madre y sus cuidados, y concluye además refiriéndose a su nieto, y con todo ello muestra el profundo valor de estos vínculos para la cultura arakbut. Otro extraordinario libro de un hijo sobre su padre (Abad, 2006), escrito con profundo afecto, evita sin embargo hacer del padre un héroe todopoderoso y más bien presenta y reconoce su humanidad, con sus imperfecciones, y por ello lo hace aún más real, más cercano. La edición de Héctor sigue el mismo camino y nos muestra a un protagonista en toda su complejidad, con sus momentos de felicidad y tristeza, de confusión y duda, de desconcierto y arrepentimiento, de curiosidad y búsqueda, de amor y soledad. Nos muestra pues a un ser humano real y al recuerdo de su pasado.

II. Un hombre y su pasado. Algunas personas viven una vida y otras viven muchas vidas. Pero Sontone vivió dos mundos. Nació y creció en un mundo cuyos límites eran bien conocidos para él y su familia. En este mundo fue un joven curioso y dispuesto a aprender, se hizo adulto, se convirtió en cazador, se casó, aprendió a conocer y convivir con el mundo que le rodeaba, con sus riesgos y sus venturas. Los muchos detallados recuerdos que las páginas de este libro comparten permiten apreciar ese mundo, nos muestran toda la riqueza de sus conocimientos, ritos, mitos, tecnologías, formas de aprendizaje, relación con el territorio, etc.

Pero el recuerdo de su pasado nos muestra la fragilidad de este mundo, rodeado por un entorno que se vuelve más y más envolvente y amenazante hasta el punto de destruirlo físicamente. En una parte del capítulo 3, Sontone narra la muerte de los hombres y mujeres mayores debido a enfermedades desconocidas y lo que esto supuso para los jóvenes adultos: la pérdida de sus sabios, de los guías y orientadores de su clan. En un mundo donde el conocimiento se distribuye por género y edad (Aikman, 2003), esta pérdida debió de ser devastadora e irreparable. Sontone lo expresa breve pero claramente: “Fue un momento de caos y mucha desesperación. Creíamos que todos íbamos a desaparecer” (Sueyo y Sueyo, 2018: 107). Es este evento prácticamente cataclísmico lo que fuerza a Sontone y a su grupo a entrar a ese otro mundo, más allá de los confines de su mundo conocido. En ese otro mundo, con otras costumbres, rituales, relaciones, Sontone vive su adultez y su vejez, se casa, se convierte en padre, continúa cazando y pescando, pero aprende a realizar otras tareas, y encuentra finalmente un espacio para vivir nuevamente en comunidad, pero de una manera, nos queda claro, radicalmente diferente a su experiencia previa. Por eso este libro nos habla de un tributo de un hombre a su pasado, al recuerdo de un mundo que sabe en gran medida perdido, pero que a la vez busca rescatar del olvido.

Llegados a este punto uno puede apreciar que la experiencia de Sontone no es una experiencia individual, única, por el contrario, es, como señala Beverly, “una situación social problemática que el narrador vive o experimenta con otros” (1987:11). En efecto, el testimonio de Sontone nos habla de una experiencia compartida por él y por su pueblo, los arakbut, así como por otros pueblos amazónicos en una situación similar: la experiencia del contacto.

III. Un pueblo y su gente. La protagonista de otro testimonio paradigmático (Rigoberta Menchú) inicia su relato con una frase que caracteriza muy bien el género testimonial: “Mi situación personal engloba la realidad de un pueblo”. Sontone nos dice: “Lo que he contado aquí es parte de mi vida y la de mi pueblo. Es una historia tanto mía como de mis hermanos y hermanas arakbut.” (Sueyo y Sueyo, 2018:118). En efecto, aunque lo que este libro comparte son las memorias de una persona, estas

dan cuenta de una forma de vida, una relación con la naturaleza, un cataclismo que las pone en riesgo, una experiencia compartida de transitar entre dos mundos. En ese sentido el libro nos habla también de un pueblo y su gente, y de su cotidianidad antes de la experiencia de cambiar radicalmente.

He señalado por ejemplo los muchos y detallados recuerdos de Sontone sobre lo que aprendía de su padre. Al hacerlo, nos muestra las formas de aprendizaje y la educación que tenían lugar entre los arakbut, el rol de los padres para la enseñanza del conocimiento cultural, la importancia de la estrecha relación que se construye entre ellos para la producción y reproducción de la cultura, la agencia de los niños y jóvenes, que ponen a prueba las verdades reveladas, el conocimiento acumulado, la sabiduría del grupo.

En su narración de estos aprendizajes, resuena una excelente etnografía sobre la educación entre los harakbut (Aikman, 2003), pero que relata ya otro momento, muy posterior al contacto, y las relaciones tensas y conflictivas entre dos maneras diferentes de educar y de concebir la educación, entre la escuela de los misioneros dominicos y las formas de enseñanza y aprendizaje indígena.

Soy Sontone entonces nos brinda información de primera mano de muchos procesos sociales y culturales en los que participó el protagonista: además del aprendizaje de la caza y la pesca nos cuenta en detalle la iniciación a la vida adulta, la etiqueta de estas fiestas y rituales, su estructura y significado y lo que suponía para el joven adolescente que pasaba así a la adultez; nos habla de la vida cotidiana en la maloca familiar, que albergaba a diversas familias emparentadas, del matrimonio y sus rituales, de la separación, de las pugnas conyugales, de los clanes y las reglas matrimoniales, de diversas formas de curar, de las atribuciones de brujería y los temores que generaba, etc. Sobre todos estos aspectos de la cultura arakbut hay poca o ninguna información, como sobre su situación antes del contacto, y en ese sentido puede contrastarse con los estudios que posteriormente se han hecho de este grupo, que sin duda rescatan muchas de estas costumbres pero que también han sido modificadas por las experiencias de encuentro y contacto. Esta información puede ser por tanto una importante contribución para enriquecer el conocimiento etnográfico que se tiene sobre la forma de vida del pueblo arakbut, para comprender el origen de ciertas tradiciones y sus cambios en el tiempo.

IV. Pasado, presente y futuro. Toda memoria se construye desde un presente, un presente que los autores reconocen seguramente amenazado, aunque también lo enfrentan con esperanza: padre e hijo piensan y mencionan a Marinke, el hijo de uno, el nieto de otro, y ven que para él, para otros niños y jóvenes como él, para las nuevas generaciones, es necesario dar a conocer una realidad que parece esfumarse: su pueblo, sus orígenes, su cultura.

Es entonces en el deseo de enriquecer el presente, de proyectarse al futuro, que en este libro se evoca el pasado. Un pasado que ha sido cubierto por el olvido o por la ignorancia, un pasado que no forma parte de los libros de historia del Perú, que no se enseña en las escuelas, o que, cuando se hace, muestra solo un lado de la historia. Este es un libro sobre el pasado, pero para pensar el presente, para preguntarnos cómo se recupera y se comparte hoy ese pasado, las tradiciones de un pueblo, su conocimiento acumulado y cómo se enfrenta una sociedad a los pueblos que hoy viven en aislamiento voluntario o contacto inicial².

² Existen aproximadamente 12 grupos étnicos en esta situación en el Perú, ubicados en 5 reservas territoriales, y agrupan aproximadamente 5.000 personas.

V. Un país y su historia. La historia del Perú, es un hecho conocido, se ha escrito con poca atención a la región más extensa de su territorio: la Amazonía. Este libro contribuye a visibilizar la necesidad de contar esa historia. Pero no solo se trata de contarla, sino de examinar críticamente como se cuentan las historias sobre la Amazonía y sobre sus habitantes, particularmente sus pueblos originarios. En el 2017, con motivo de la primera edición de este libro, un periódico local dedicaba una nota al mismo donde decía: “Hasta que su comunidad fue contactada por los padres dominicos en los años 50, Antonio Sueyö, o Sontone, vivió como un habitante de la Amazonía aislado de la civilización.” Sin embargo, cualquiera que lea el libro, rápidamente comprenderá que Sontone vivía inmerso en una civilización, una civilización compleja y rica en conocimientos culturales, en ritos y mitos que contribuían a mantener una relación de equilibrio con un medio ambiente frágil, creadora de diversas tecnologías de producción alimentaria, de conservación de alimentos, de transformación de los mismos. Una civilización con relaciones sociales pautadas por normas y reglas específicas, que les permitía manejar un territorio extenso, y autogobernarse como grupo frente a los avances de otros grupos desplazados de sus propios territorios. Es entonces del todo inexacto señalar que estos pueblos viven aislados de la civilización, si consideramos la definición del diccionario (Conjunto de costumbres, saberes y artes propio de una sociedad humana): viven aislados de la sociedad peruana, y de un tipo de sociedad y cultura, esto es de un tipo de civilización, tal vez una que podríamos llamar vagamente “nuestra”, pero que de ningún modo es la única. Pero ese hecho ha convertido a esa particular forma de civilización en inexistente. Esa es quizás la mayor violencia simbólica del colonialismo: el otro no es. O se define por lo que le falta. Y es esa visión colonial la que arrastramos y se cuela en las palabras y en las prácticas de un Estado y una sociedad con este grupo particular de sus habitantes.

Puede parecer menor el empleo de las palabras de una u otra forma, pero no lo es: las palabras construyen representaciones y realidades, dan un sentido a cómo nos vemos unos a otros. Las palabras contribuyen a negar al otro o a mostrarlo como un ser exótico y esta visión de los pueblos indígenas como seres exóticos no permite verlos en igualdad de condiciones, como interlocutores válidos que forman parte de una sociedad común. Es entonces en el lenguaje donde se reflejan y expresan los profundos prejuicios que como sociedad aún debemos reconocer.

Hoy necesitamos escuchar otras voces, otro lado de la historia, otras narrativas que nos permitan escuchar lo que ha sido silenciado, ignorado, y a veces pura y simplemente destruido. Es cierto que estas voces pueden llegar mediadas, ya no solo por la mano del narrador o del coautor, sino de otros colaboradores y profesionales que contribuyeron a lo largo del proceso de producción editorial de la obra, como nos cuenta la introducción. También se ha señalado muchas veces que las formas que toma esa mediación deben ser objeto de reflexión. Pero de lo que no queda duda es que necesitamos escuchar otras voces. Porque aun con las mediaciones de lengua, tiempo, edición, esa otra voz nos llega, con su cualidad distinta, a contarnos una historia que no podemos entender del todo desde ningún otro lugar, desde ninguna otra voz. Y nos llega para recordarnos que esta historia es también parte de nuestra historia (humana), una historia que continúa, y donde tenemos todavía una oportunidad de escribirla de otras formas, donde participen, también, otras voces.

Quisiera terminar recordando las palabras de Abad (2010), en su reflexión sobre la construcción de memorias: “Una memoria solamente es confiable cuando es im-

perfecta, y una aproximación a la precaria verdad humana se construye solamente con la suma de los recuerdos imprecisos, unidos a la resta de los distintos olvidos”. *Soy Sontone* nos acerca a la precaria verdad humana de un hombre, de un padre, de un hijo, de un pueblo, de un país, en su diversidad y universalidad, y por eso impresionada y conmueve.

Patricia Ames
Departamento de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica del Perú.
Instituto de Estudios Peruanos.
pames@pucp.edu.pe

Bibliografía

- Abad Faciolince, Hector (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta
- Abad Faciolince, Hector (2010). *Traiciones de la memoria*. Bogotá: Alfaguara
- Aikman, Sheila (2003). *La educación indígena en Sudamérica. Interculturalidad y bilingüismo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Beverley, John (1987). “Anatomía del testimonio”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 13 (25): 7-16.